

---

---

XVIII.

Apremio.

Las seducciones de Redondo y Joaquín, no habían menester mucha industria para vencer mi trabajada resistencia, cuando sentía yo necesidad de desorden, de vicio, para divertir mis pensamientos de su objeto constante y buscar en nuevas impresiones la compensación de mis penas. Así fué como me determiné á acompañarlos al baile de la casa de las Valcuernos, dos solteronas que vivían en la calle de Los Migueles, fraguando bailes de escote á los cuales asistían españoles dependientes de tendajón, empleados de quinta clase, algunos oficialetes y tal cual estudiante reprobado en los últimos exámenes.

Las Valcuernos vivían, fuera de ciertas dádivas y de los residuos de cada baile, ganando réditos en el agio, más usurario de todos, con prestar dinero en muy cortas sumas á los indios de los pueblecillos inmediatos sobre sus casucas, huertas ó sembrados, los cuales concluían por pasar á poder de las solteronas, para ser vendidos por un precio diez ó veinte veces mayor que la deuda.

El baile estuvo animadísimo, como que hubo en él hasta cinco disputas que pudieron terminar á coces. El alcohol señoreaba las cabezas, contada la mía; y las costureras de enfrente, las sobrinas de las Valcuernos y demás gente femenina, gobernaban con el gesto, repartiendo sonrisas, coquete-rías y más íntimas concesiones.

Era aquel un pedazo del mundo que hasta entonces no conocía; y hallaba en mi ser rincones que ignoraba yo, y saboreaba placeres que jamás había imaginado. La cabeza mareada, la lengua atrevida, desenfrenada la audacia, al sentirme en nuevo mundo, nuevo también ó transformado me

sentí yo. Me enamoré de una modista y ella me encontró aceptable; brindé de tú á tú con un subteniente de artillería; dí mil abrazos á Redondo, y al fin, reunidos los tres de la casa de huéspedes en un ángulo de la sala, entramos en pláticas de confianza y salieron las confidencias.

—Vd. se duerme, me dijo Redondo; ahí está Jacinta que puede decirlo.

—¿Creen Vdes.....?

—¡Bah!

—¿Pues no?

—Está que se muere por vd.

—No me duermo; lo que sucede es.....

—Que es vd. cobarde, hombre.

—¡Cobardel ¿De qué he de tener miedo?

—Si yo estuviera en lugar de vd.....

—Ó yo, que no me muerdo la lengua.

—Pues he de probarle á vdes. que no soy cobarde, dije picado. ¡Ya verán!

Los estudiantes siguieron obstinados en que tenía yo miedo, que no sabía yo nada en aquella materia, y me demostraron, contándome sus azañas, que ellos eran capaces de las más atrevidas empresas, y que daban cima á las más arduas.

Á la madrugada el desorden era atroz, aunque allí se llamaba sencillamente animación, alegría. Las Valcuernos tenían trabajo con andar apaciguando disputas y cortando peticiones; las bocas estaban balbucientes, los ojos turbios, los cerebros torpes.

No sé á qué hora terminó el baile, del cual quedé maravillado y contento, jurando volver siempre que se repitiera y aun con mi cuota apercebida. Imposible era entrar á la casa de Barbadillo, y puesto que no debía de faltar mucho espacio para la llegada del día, nos resignamos á esperarle, andando de aquí para allá, sufriendo con paciencia el frío penetrante, contra el cual poco valían nuestros malos abrigos.

Cuando la portera abrió, ya hacía rato que esperábamos junto á la puerta. Entramos, me eché en mi cama sin desnudarme, y dormí profundamente hasta las doce del día.

Al despertar, los recuerdos de la noche me ruborizaron; traje á la memoria cuanto hice y dije; mi conversación con la modista, la que tuve con Redondo y Joaquín,

y me sentí hondamente arrepentido y avergonzado. Pero ¡qué demonio! ¿no era yo hombre, como otro cualquiera? ¡Con razón decían los estudiantes que yo no servía para aquellas cosas, y que tenía miedo! Debía yo sostener lo que había dicho, y demostrar que era yo tan capaz como ellos de cualquiera aventura. Si Jacinta había notado mi ausencia, mejor; si estaba enojada y celosa, mucho mejor; esto me allanaría el camino, puesto que nada hay para vencer como inspirar celos.

A la una fui al comedor. Tenía yo miedo, pero logré disimularle, y procuré no turbarme con la cara seria y enojada que me puso Jacinta.

Comí apenas, porque me faltaba completamente el apetito. Un malestar que nunca había sentido me hizo volver á mi cuarto, en donde tomé algún libro que no pude leer y arrojé á poco sobre la mesa. Laxitud de miembros, debilidad nerviosa, leve dolor de cabeza, me recordaban los excesos de la pasada noche, y me mantuvieron encerrado toda la tarde. Tan largas horas habrían

sido para mí de tormento, si las consagrara á pensar en Remedios y Cabezudo; pero había á la sazón una idea predominante en mi cabeza, y ella me ocupó constantemente: que me dormía yo, que tenía miedo, que Jacinta podía decirlo. ¡Ya iban á ver si no me atrevía!

Cayó la noche, y resueltamente me fui á la sala. Jacinta, según costumbre establecida, fingía leer el tomo de Alamán que Barbadillo había dejado sobre la mesa, y me esperaba con impaciencia, pues hacía ya media hora que el viejo había salido á la calle, y apenas nos quedaba otra media de libertad. Al verme entrar, dejó el libro á un lado, frunciendo violentamente el ceño, y cuando me sentaba yo á su lado, me dijo con acento de cólera:

—¿Cómo pasaste la noche?

—Vamos, contesté, no te enojés, que no hay motivo.

—No seas cómico; no me inventes mentiras, porque no he de creerlas.

—No, Jacinta, repliqué con dulzura, no invento nada. Me entretuve con unos ami-

gos, se hizo tarde y me pareció imprudente venir á tocar la puerta á las once de la noche.

—¡Por eso has dormido toda la mañanal

—Nos propusimos despachar el periódico y velamos.

—¡No tienes vergüenzal gritó la muchacha, lanzando fuego por los ojos. Te has juntado con esos dos bribones, y te estás volviendo tan pícaro como ellos. ¡Vete de aquí! ¡Vete, que ya no te quiero ni te puedo aguantar!

Me había propuesto aprovechar los celos y el enojo de Jacinta; pero llegada la ocasión no supe cómo hacerlo. Estaba yo cortado y corrido, y permanecí inmóvil y en silencio.

Jacinta, que había apartado el rostró, lo volvió á mí con un movimiento rápido, y me dijo breve y ásperamente:

—¡Te digo que te vayas!

Y como apoyara en la mesa los brazos, hundiendo la cabeza entre ellos, sin obedecer ni contestar, me atreví á adelantar la mano y le acaricié las trenzas. Pero ella,

sin alzar la cara, echó atrás una mano, y con violento golpe apartó la mía.

—¡Vete! me dijo.

É incapaz yo de conocer y saber tratar á una Jacinta de treinta y dos años, que podía enseñarme mucho de lo que yo ignoraba, y burlarse de mí á su sabor, creí en su enojo, me dí por vencido, y con la vergüenza del chasco, me levanté y dí dos pasos lentos y tímidos, dirigiéndome á la puerta. Jacinta levantó la cabeza, y yo dí algunos pasos más.

—¡Ven acá! me gritó, con mayor enojo. ¿Qué..... qué no te ocurre decirme nada?

Y entonces sí que estaba colérica. Sus grandes ojos, oscurecidos bajo las anchas cejas que se unían por el fruncimiento del ceño, su boca enrojecida, las narices dilatadas, daban al duro semblante de Jacinta un aspecto de fiereza terrible, que me pareció la más atractiva hermosura, y la revelación más franca de la mujer.

Obedecí dominado, atraído, y al estar cerca de ella, me tomó por la mano, estrujándola con extraordinaria fuerza y me repuso

en mi asiento; clavó en los míos sus ojos de lumbre, y sin soltar mi mano me dijo:

—Contéstame claro ¿me quieres? Sí ó nó.

—Sí, le contesté, sintiéndolo con verdad en aquel instante.

—¿Me quieres? repitió, acercando su cara á la mía, hasta bañarme con el aliento abrazados que lanzaba por la boca entrea-bierta.

—Sí, mil veces sí, volví á contestar.

Y entonces se lo decían á una, la energía de mi voz, el fuego de mis ojos, y la nerviosa fuerza con que estreché sus manos entre las mías.

—Te lo creo, me dijo; te lo creo porque lo dices con el alma. Yo no puedo vivir sin tí; no me abandones, no me dejes de querer, porque soy capaz de ahorcarte. Te lo creo; pero eso es en este momento; mañana, tal vez dentro de una hora, te arrepientas; porque eres así: me quieres cuando estás á mi lado, lo veo, lo siento, y después no me haces caso.

Habló, habló buen rato, con impetuosa verbosidad, asombrándome con el exacto

conocimiento que tenía de cuanto dentro de mí pasaba, con relación á ella, sin turbarse siquiera al expresarlo todo con atrevida claridad, ni esconder ó callar á lo menos el secreto de la seducción que sobre mí ejercía. Yo la oía, pendiente de sus palabras, con vagos estremecimientos de gozo, complaciéndome en aprobar lo que decía y sin rubor para confesar que cuanto imaginaba era cierto.

Al cabo llegó al punto á que conducían sus extrañas declaraciones, y que yo no adiviné ni sospeché remotamente.

—Tengo derecho para exigirte una cosa.

—Díla.

—Tengo derecho, después de todo lo que pasa, y de lo que te he dicho.

—Díla, repetí con valor.

—Cásate conmigo.

Apenas vacilé un segundo, que necesité para resistir la terrible impresión que estas palabras me causaron, y traer á la memoria un caso de Pedro Redondo.

—Me caso, contesté.

—¡Pero pronto! dijo ella con gran exaltación.

—Pronto, respondí.

—Entonces, dijo Jacinta estrechándose conmigo, entonces.....háblale á mi papá ahora mismo.

Me sobrecogí de espanto al oír tal proposición. Además, Jacinta había dicho estas palabras con cierta suavidad, dando á su semblante aire de dulzura, en vez del aire de fiera embravecida que tan admirablemente le sentaba. La Jacinta que me seducía había desaparecido.....

—Eso.....balbucí, sin poder disimular mi turbación; eso...no es bueno todavía.

—¿Por qué no? preguntó ella irguiéndose con el semblante otra vez amenazador.

—Porque...Mira que tu papá no lo recibirá bien.

—Que no lo reciba; después lo consentirá.

—No tengo posición definida.

—¿No dices que te casarás pronto? ¡Mentirosol

—Pronto; pero no tanto que...

—¡Qué más posición que la que tienes y la que puedes conseguir! Dí que no quieres

y dirás la verdad. ¿Quieres jugar conmigo? Pues te equivocas. Eres un hipócrita; finges ser sencillo y bueno y eres un.....

—¡Cállatel dije con voz ahogada, haciendo instintivamente el movimiento de taparle la boca.

—¡Hipócrita, mentirosol repetía ella fuera de sí.

—¡Cállatel volví á decir, temeroso del escándalo. No digo que no le hablaré.....Escúchame! No digo que no. Pero hacerlo así desde luego, ahora mismo, sin buscar la mejor manera y el momento oportuno, es tal vez echarlo todo á perder.

Y como viera yo que se apaciguaba, continué con mayor empeño.

—Tu papá es hombre de mal genio, y es preciso estudiar el modo de hacerle esta declaración poco á poco. Por esto te hablo de mi posición; porque ya sé que esa ha de ser la respuesta que me dará. Por lo demás, puesto que estoy resuelto á casarme contigo y lo deseo y he de conseguirlo, ¡cómo no he de hablar á tu papá.....

—Vamos, dijo Jacinta, calmada, pero re-

celosa; creo que te da miedo el paso. Ó mientes ó tienes miedo.

—La verdad, dije yo, aceptando la salida que ella me daba; la verdad es que tengo también algo de ese miedo que es muy natural.

Los pasos de Barbadillo sonaron pesadamente en el corredor, y en seguida el viejo entró en la sala, dejó sobre una silla el sombrero, y fué á sentarse jadeando en su sillón de vaqueta.

—¡Ufl hizo el viejo, respirando con fuerza; ¡cómo me sofoca esa maldita escalera! También es cierto que vengo de la calle de San Ramón, que no está á la vuelta.

Yo no contesté una palabra. La llegada de Barbadillo me había cortado, y miraba yo con desconfianza la actitud de sorpresa, miedo y timidez que Jacinta había tomado repentinamente, como niña de siete años, sorprendida en el momento de hurtar una golosina. Aquello no era natural, no era verdad, y me asustaba y ponía en congojas.

—Estuve charlando con Don Antolín, continuó el viejo, sin notar la desazón de su

hija; ya sabe vd., aquel gran político de mi tiempo, uno de esos de que se ha perdido la semilla. Y ¡cómo nos hemos reído de los liberales! Vea vd. si hay razón. Un sargento del antiguo ejército es ahora uno de los hombres más distinguidos en la política y en las armas. Es general, diputado, tiene una brillante historia y una hoja de servicios mejor que ninguna de las nuevas. Tan notable es, que los liberales lo reconocen y lo admiran; ahí están todos los periódicos desatándose en elogios; todos, no hay uno que no le llene de alabanzas, y tienen razón: Mateo Cabezudo es un grande hombre; basta que haya sido sargento del antiguo ejército para que valga más que los otros. Pero no crean que es de ustedes; no señor; siempre conserva sus ideas, y así se lo ha dicho á Don Antolín.

Jacinta seguía en su actitud de timidez, revelando la culpa; yo la miraba á hurtadillas con sobresalto creciente. Nada contestamos, y Don Ambrosio, impacientado, nos miró atentamente.

—¿Qué tienen ustedes? preguntó con extrañeza.

Jacinta bajó los ojos y se puso á hacer plieguecitos con su falda, como buscando distracción al miedo.

—Nada...contestó con suavísima voz, que hasta temblaba.

—¿Qué tienes? gruñó Barbadillo adelantando el cuerpo.

—Nada...volvió á decir ella.

—¿Qué sucede aquí? preguntó el viejo, clavando en mí sus ojos irritados y casi afligidos.

—Nada, dije á mi vez, lleno de confusión y de angustia.

—¡Jacinta! gritó el viejo poniéndose en pie solemnemente. ¡Jacinta! No me engañes; dime qué ha pasado aquí.

—Papá...balbució Jacinta con hipócrita timidez; no se enoje vd., estábamos platicando.

—No ha pasado nada, dije yo, queriendo adelantarme á Jacinta; una conversación...

—Sí, interrumpió ella con cierta vivacidad, adivinando mi intento; una conversación; es que Juanito quiere hablarte de.....

—¿De qué?

Jacinta tomó otra vez su aire compungido y temeroso; yo, acongojado y sudando, no encontré que inventar.

—Dilo,.....dígallo vd.....tartamudeó la Barbadillo, aparentando forzada sumisión.

—No tengo que decir nada, repliqué violentamente.

—¡Por fin! exclamó Don Ambrosio enojado y enrojecido. ¿Es esto un juego ó qué cosa?

—Ya sabe vd., murmuró Jacinta, que Juan es muy tímido.

—¡Pues dímelo tú!

—Pero.....

—¡Dímelo! gritó Barbadillo alzando el brazo y enseñando el índice á su hija, terrible, amenazador.

Jacinta fingió vacilación y luego un esfuerzo difícil.

—Quiere..... quiere casarse conmigo.

Me levanté como empujado por un resorte, pero no tuve valor para desmentirla.

Barbadillo, rígido por la inesperada impresión, quedóse como estatua, movibles sólo los inyectados ojos, que después de poner

sobre mí, clavó tenazmente en el semblante de su hija. ¡Casarse Jacinta, á quien él había educado con tal arte que era incapaz de pensar en hombre que no fuera él mismo! ¡Casarse Jacinta, cuando él la suponía enemiga del género masculino y hurtada á sus atracciones!

Después de un momento de estupor, cuando la sangre acudió de nuevo y con más ímpetu á la cabeza de Barbadillo, pudo hablar, aunque difícilmente.

—Quiere..... quiere él. ¡Es decir, que tú también quieres! ¡Cómo es eso! ¡Tú casarte! Eso me saco yo por admitir en mi casa gente que no conozco, y que después me sale llena de picardía.

—Sí, señor; continuó encarándose conmigo; Vd. abusa de la confianza que me ha inspirado; yo lo dejaba hablar con esta criatura á todas horas, creyéndolo incapaz de una falta semejante. Vd. ha venido á seducirla; á enseñarle cosas que ignoraba, á echarla á perder.....

La borla saltaba con furia sobre la cabeza de Barbadillo, y la montera se plegaba y

desplegaba como en colérica gesticulación. El viejo siguió recriminándome, é increpando su fragilidad á Jacinta, violento y amenazador, hasta que ella se levantó, conociendo que era llegado el momento oportuno, y echándole al cuello los brazos se puso á sollozar, derramando un torrente de lágrimas. Barbadillo comenzó por calmarse, después calló, y al fin, conmovido y dominado, abrazó á Jacinta, lloroso y mudo.

Tomando el partido más prudente, pasé por detrás del viejo, y salí de aquel potro. Jacinta no necesitaba detenerme y Don Ambrosio no quería.

En el corredor, cerca de la puerta, estaban Joaquín, Redondo y Doña Serafina, escuchando. Al verlos sentí que la vergüenza me sofocaba más aún; quise pasar entre ellos sin detenerme; pero Redondo me agarró por un brazo, y sonriendo con malicia y satisfacción me dijo:

—Ahora sí.